

BRADBURY / ASIMOV / LEIBER

STURGEON / ANDERSON / BLISH

LO MEJOR DE "FANTASY & SCIENCE FICTION"

SUPER
FICTION



Estas extraordinarias novelas cortas fueron escritas especialmente para los números monográficos de *The Magazine of Fantasy and Science Fiction*. Acompaña a cada una la biografía del autor escrita por un colega, así como una bibliografía de sus obras editadas en forma de libro. Un excelente modo de celebrar las Bodas de Plata de la principal revista de ciencia ficción.

Aunque los seis autores de esta obra han sido galardonados repetidas veces, cabe destacar que la aportación de Fritz Leiber incluida en este volumen mereció en 1970 el Premio Hugo, y el relato de Poul Anderson fue Premio Nebula 1971 y Premio Hugo 1972.

A mi padre, Joseph W. Ferman.

Introducción

La presente recopilación incluye los seis primeros números monográficos de la revista «*Fantasy & Science Fiction*». Cada uno de ellos rinde homenaje a un importante escritor de ciencia-ficción: Theodore Sturgeon (septiembre de 1962), Ray Bradbury (mayo de 1963), Isaac Asimov (octubre de 1966), Fritz Leiber (julio de 1969), Poul Anderson (abril de 1971) y James Blish (abril de 1972).

Dichos números especiales fueron idea de Joe Ferman, por aquel entonces redactor jefe de «*The Magazine of Fantasy & Science Fiction*», quien elaboraba continuamente (y sigue haciéndolo, por fortuna) nuevos proyectos para renovar el interés de la revista y acrecentar el capítulo de ventas, siempre imprevisible. El formato establecido para el primer ejemplar, dedicado a Sturgeon (con pocas variaciones desde entonces), fue una importante obra inédita de cada escritor acompañado de una semblanza biográfica y crítica, y de su bibliografía (esta última ha sido limitada a los libros y puesta al día para este volumen).

En términos de ventas inmediatas, los números monográficos resultaron bastante bien, aunque ha sido más notable la continua demanda de ellos a través de los años. Hemos trabajado activamente sirviendo ejemplares atrasados, y éstos son los que han desaparecido de nuestros estantes con mayor rapidez. A excepción de los dos más recientes, están agotados y resultan difíciles de encontrar.

Su éxito probablemente obedece a varias razones. En primer lugar, los autores mismos: seis de los escritores de ciencia-ficción más populares y respetados, todos ellos con

gran número de seguidores. En segundo término, el material que acompañaba a los relatos fue bien acogido desde los primeros números por lectores ávidos de datos acerca de la ciencia-ficción y sus autores (cuando se escribía muy poco sobre ellos), y en años más recientes por un creciente número de estudiantes, profesores y críticos a quienes interesa la nueva respetabilidad académica y literaria de la ciencia-ficción. Finalmente, y como hecho principal, tenemos que los números especiales incluían algunos relatos extraordinarios.

Por eso los presentamos aquí, recogidos por primera vez en forma de libro. Es la manera más adecuada, en nuestra opinión, de celebrar el vigésimo quinto aniversario de «The Magazine of Fantasy & Science Fiction».

EDWARD L. FERMAN

Cuando hay interés, cuando hay amor

Theodore Sturgeon

Estaba hermoso en la cama de ella.

Cuando hay interés, cuando hay amor, cuando se atesora a alguien, puede contemplarse al amado dormido como se contempla todo, cualquier otra cosa: su risa, sus labios fruncidos, una mirada incluso ausente; una zancada, el sol enredado en un mechón de pelo; una bufonada o un gesto: incluso la inmovilidad, incluso el sueño.

Ella se inclinó un poco más, conteniendo el aliento, y contempló sus pestañas. A veces las pestañas son recias, abarquilladas, rubias; todo eso eran aquéllas, y satinadas por añadidura. Miradas muy de cerca... allí donde se curvan, vive la luz en diminutas y apretadas cimitarras.

Todo tan bueno, tan intensamente bueno, que ella se permitió deliciosamente a sí misma dudar de su realidad. Dentro de unos instantes se permitiría a sí misma creer que era real, que era cierto, que estaba ahí, que había ocurrido al fin. Todas las cosas que la vida le había dado hasta entonces, todo lo que había deseado, lo había obtenido con sólo pedirlo. Cualquier deleite, orgullo, placer, incluso gloria en la nueva posesión de un regalo, un privilegio, objeto o experiencia: un anillo, un sombrero, un juguete, un viaje a Trinidad; sin embargo, todo ello se le había presentado siempre (hasta ahora) sobre la bandeja llamada vaya, naturalmente, con la cual le eran servidas aquellas cosas. Aun-

que, ¿acaso no las había deseado? Pero lo de ahora... él, ahora... el mayor de todos sus deseos de siempre; en toda su vida, lo primero que trascendía el propio deseo y se convertía a sabiendas en necesidad: lo tenía al fin, por mucho, mucho tiempo (cuánto, ahora), lo tenía de verdad y por entero para siempre, por siempre y sin nada de vaya, naturalmente. Él era su milagro personal, él en esta cama ahora, apasionado y amándola a ella. Él era la razón y la recompensa por todo: su familia y sus antepasados, conocidos por tan pocos y sufridos por tantos, y en realidad, toda la historia del género humano había conducido a ello, y todo cuanto ella misma había hecho y experimentado; y amarle, y perderle, y verle como muerto y devolverle a la vida: todo era para este momento y porque el momento tenía que llegar, él y esa cúspide, ese calor en esas sábanas, ese ahora de ella. Él era todo vida y toda la belleza de la vida, hermoso en la cama de ella; y ahora ella podía estar segura, podía creerlo, creer...

—Lo creo —suspiró ella—. Lo creo.

—¿Qué es lo que crees? —le preguntó él. No se había movido.

—¡Diantre! Creí que dormías.

—Bueno, sí. Pero noté que alguien estaba mirando.

—Mirando, no —dijo ella suavemente—. Contemplando.

Ella contemplaba todavía las pestañas, y no las vio agitarse, pero entre ellas asomaba ahora una rendija brillante del aluminio gris y frío de sus sorprendentes ojos. Dentro de unos instantes él la miraría —sólo eso—, dentro de un momento sus ojos se encontrarían y sería como si nada nuevo hubiese ocurrido (ya que sería el mismo proyectil metálico que la había traspasado la primera vez) y también como si todo, todo, estuviera ocurriendo de nuevo. Dentro de ella, la pasión hirvió como una bola de fuego incandescente, tan enorme, tan bella...

... y como la cosa más terrible de la tierra, sin pausa, el resplandor cambió, variando desde los matices de todas las clases de amor hasta todas las tonalidades del terror y los colores del cataclismo.

Ella gritó el nombre de él...

Y los ojos grises se abrieron de par en par asustados por los temores de ella y asombrados, y se incorporó riendo, y la mueca de sus rientes labios se transformó sin pausa en la pálida contorsión de la agonía, y los labios se separaron uno de otro, excesivamente, mientras los blancos dientes chocaban y mientras entre ellos él gritaba su dolor. Cayó de costado y doblado sobre sí mismo, gimiendo, jadeando fatigosamente... gimiendo, jadeando, arrastrado lejos de ella, incluso de ella, inalcanzable incluso para ella.

Ella gritó. Ella gritó. Ella...

Una biografía de los Wyke es difícil de obtener. Esto ha sido cierto durante cuatro generaciones, y más cierto a cada una de ellas, pues cuanto más crecían las propiedades de los Wyke menos visible se hacía la familia Wyke, ya que tal fue la última voluntad del capitán Gamaliel Wyke cuando hubo escuchado la voz de su conciencia. Como era un hombre prudente, esto no ocurrió hasta que se hubo retirado de lo que eufemísticamente llamaban comercio de melazas. Su barco —más tarde su flota— había transportado a Europa excelente ron de Nueva Inglaterra, hecho con las melazas traídas de las Indias Occidentales a Nueva Inglaterra. Evidentemente, la travesía hacia el oeste requería una carga remuneradora para cerrar con un tercer lado aquel provechoso triángulo. ¿Y qué mejor carga para las Indias Occidentales sino los africanos, para recolectar la caña y trabajar en los molinos que producían las melazas?

Definitivamente rico y retirado, durante algún tiempo se limitó a vivir entre sus iguales, llevando su casaca de paño fino y su nívea ropa blanca de opulento hacendado, sin más adorno personal que un macizo anillo de oro y unas pequeñas hebillas cuadradas de oro en sus rodillas. Sus

conversaciones versaban sobre negocios de melazas, a menudo; raras veces sobre el ron, y nunca sobre los esclavos. Vivía con una esposa atemorizada y un hijo silencioso, hasta que ella murió y algo —quizá la soledad— restableció la conexión entre su cerebro y sus viejos y sagaces ojos, y le hizo mirar a su alrededor. Empezó a disgustarle la hipocresía humana, y fue lo bastante sincero como para sentir disgusto también de sí mismo, y esto fue algo nuevo para el capitán; no podía olvidarlo, pero tampoco soportarlo, conque dejó al muchacho con la servidumbre y, llevándose un solo criado, se retiró al desierto a bucear en su alma.

El desierto era el Viñedo de Martha; durante todo un crudo invierno el anciano se acucilló al fuego cuando el mal tiempo no le permitía salir y, embozado en cuatro grandes chales grises, paseó por las playas cuando lucía el sol, con su telescopio de latón debajo del brazo y sus inflexibles y sagaces pensamientos batallando duramente con sus convicciones. Al terminar la primavera regresó a Wiscassett, su áspero carácter y su laconismo incrementados casi hasta la mudez. Liquidó (según la descripción de un desconcertado contemporáneo) «todo lo que era ostentación», y se llevó a su hijo, como acoquinado y obediente discípulo, al Viñedo; allí, con acompañamiento de fragorosas rompientes y chirriantes gaviotas, el muchacho recibió una educación comparada con la cual, todas las enseñanzas recibidas por los Wyke durante cuatro generaciones iban a ser simples suplementos.

Pues, en su retiro a las tormentas y la soledad del yo interior y del Viñedo, Gamaliel Wyke había hecho las paces con el Decálogo, nada menos.

Nunca había puesto en tela de juicio los Diez Mandamientos, ni los había desobedecido a sabiendas. Como otros muchos antes que él, atribuía el calamitoso estado del mundo y el pecado de sus habitantes a su negativa a observar aquellas Normas. Pero en sus mandatos, concluyó al final devotamente, Dios había subestimado la estupidez

del género humano. De modo que Gamaliel Wyke decidió enmendar el Decálogo por sí mismo, añadiendo «... ni ser causa...» a cada Mandamiento, sencillamente para que resultará más fácil regirse por ellos:

«... ni ser causa de que el nombre de Dios sea tomado en vano.

»... ni ser causa de que se cometan robos.

»... ni ser causa de deshonra para tu padre y tu madre.

»... ni ser causa de la comisión de adulterio.

»... ni ser causa de que se cometa asesinato».

Pero la revelación se produjo cuando llegó al final. Vio con súbita claridad que toda la insensatez del género humano: voracidad, lujuria, guerras, deshonra, procedían del desprecio casi absoluto de la humanidad hacia este mandamiento y su enmienda: «No codiciarás... ni serás causa de codicia».

Se le ocurrió entonces que despertar codicia en otro era un pecado tan mortal como matarle o ser causa de su asesinato. Sin embargo, en todo el mundo se alzan imperios, se ostentan grandes yates y castillos y jardines colgantes, mausoleos y trusts y títulos universitarios, con el propósito de despertar la envidia o la codicia de los menos dotados... o ejerciendo tal efecto al margen de otra motivación.

Ahora bien, un hombre tan rico como Gamaliel Wyke podía resolver el problema, por lo que a él concernía, a la manera de san Francisco; pero era capaz de renunciar al Decálogo y sus enmiendas, a todas las Escrituras y a su nudo brazo derecho antes que desprenderse a su congénita y arraigada adquisividad yanqui (aunque esto no lo confesaba, ni siquiera a sí mismo). Y otra solución habría sido coger sus riquezas y enterrarlas en la arena del Viñedo de Martha, para evitar que causaran codicia. Sólo el pensarlo

le producía sensación de ahogo, como si tuviera las fosas nasales obturadas con arena; el dinero era para él una cosa viva y no debía ser enterrado.

Y llegó a esta conclusión definitiva: Amasa tu dinero, disfrútalo, pero no dejes que nadie lo sepa. El desear la esposa de un vecino, o el asno de un vecino, o cualquier otra cosa, concluyó, presuponía conocer la existencia de tales bienes. Ningún vecino podía desear algo suyo si no podía darle un nombre.

Por eso Gamaliel pesó con la fuerza de la gravedad y con el peso del granito en la mente y en el alma de su hijo Walter, y Walter engendró a Jedehiah, y Jedehiah engendró a Caifás (quien murió) y Samuel, y Samuel engendró a Zebulón (quien murió) y Sylva; así que tal vez el verdadero comienzo de la historia del muchacho que se convirtió en su propia madre ha de buscarse en el capitán Gamaliel Wyke y en su revelación, azotada por la arena, profunda como el mar, dura como la roca.

... cayó de costado sobre la cama y se dobló sobre sí mismo, gimiendo, jadeando fatigosamente, gimiendo, jadeando, arrastrado lejos de ella, incluso de ella, inalcanzable incluso para ella.

Ella gritó. Ella gritó. Se incorporó y se apartó de él y corrió desnuda hacia la sala de estar, descolgó el teléfono de marfil:

—¡Keogh! —gritó—. ¡Por el amor de Dios, Keogh!

... y regresó al dormitorio donde él yacía con la boca abierta de la que brotaba un ronco y horrible uh uh, mientras ella se retorció las manos. Trató de coger una de las suyas y la encontró tensa de agonía e inconsciente. Ella le llamó, le llamó y luego volvió a gritar.

El zumbador sonó con imperdonable discreción.

—¡Keogh! —gritó ella, y el cortés zumbador sonó de nuevo... La cerradura, ah, maldita cerradura... cogió su salto de cama y llevándolo en la mano corrió a través del gabinete y la sala de estar y el salón y el vestíbulo y abrió la

puerta de par en par. Tiró de Keogh sin darle tiempo a volverse, metió un brazo por una manga de la prenda y gritó:

—Keogh, por favor, por favor, Keogh, ¿qué le pasa? —y voló hacia el dormitorio, obligando a Keogh a acelerar el paso para no quedarse atrás.

Entonces Keogh, presidente del consejo de administración de siete grandes corporaciones, consejero de una docena más, director general de una modesta empresa familiar que durante más de un siglo se había especializado en la tenencia de acciones de compañías subsidiarias, se acercó a la cama y fijó su fría mirada azul en la figura que agonizaba allí.

Meneó la cabeza.

—No has llamado al hombre adecuado —dijo secamente, y corrió hacia la sala de estar, empujando a un lado a la muchacha con un gesto mecánico. Descolgó y dijo—: Envíame a Rathburn aquí. Ahora. ¿Dónde está Weber? ¿No lo sabes? Bueno, localízale y envíale aquí... No me importa. Alquila un avión. Compra un avión.

Colgó y regresó al dormitorio. Se acercó a la muchacha por detrás y suavemente cubrió con el salto de cama su otro hombro, y sin dejar de hablarle en tono cariñoso dio la vuelta en torno a ella y le ató el cinturón.

—¿Qué ha pasado?

—Nada... Él estaba...

—Vamos, muchacha, sal de aquí. Rathburn está a punto de llegar, y he mandado llamar a Weber. Si hay un médico mejor que Rathburn sólo puede ser Weber, conque tendrás que dejar el asunto en manos de ellos. ¡Vamos!

—No me separaré de él.

—¡Vamos! —repitió Keogh con autoridad; luego murmuró, mirando hacia el lecho por encima del hombro de la muchacha—: Él lo desea, ¿no te das cuenta? No quiere que le veas así. ¿No es cierto? —inquirió.

El rostro vuelto a un lado y medio hundido en la almohada brilló sudoroso; un calambre atenazó los músculos

de la boca, del lado que ellos podían ver. La cabeza asintió rígidamente; fue como un estremecimiento.

—Y... cierra... bien... la puerta... —logró susurrar.

—Vamos —dijo Keogh, y repitió—: Vamos.

Tiró de ella hacia la salida del dormitorio; ella dio un traspies. Miró hacia atrás con una expresión anhelante en el rostro hasta que Keogh, sujetándola con las dos manos, dio un puntapié a la puerta y ésta se cerró. La cama desapareció de su vista. Keogh se apoyó de espaldas contra la puerta como si la aldaba no fuera suficiente para mantenerla cerrada.

—¿Qué le ocurre? ¿Qué le ocurre?

—No lo sé —dijo Keogh.

—Lo sabes, lo sabes. Siempre lo sabes todo... ¿Por qué no dejas que me quede con él?

—Él no lo desea.

Ella profirió un grito inarticulado.

—Tal vez él también preferiría gritar —susurró Keogh.

Ella luchó... Era fuerte; ágil y fuerte. Quiso apartar a Keogh de la puerta, pero no lo consiguió, de modo que al fin no le quedó sino llorar.

Keogh la sostuvo en sus brazos de nuevo, como no hacía desde que ella era una niña y se sentaba en su regazo. La sostuvo en sus brazos y miró sin ver la impasible y gloriosa mañana, desdibujada a través de la nube de los cabellos de la muchacha. Y deseó detener la mañana, el sol y el tiempo, pero...

... pero sólo hay una cosa cierta sobre la mente humana, y es que actúa, se mueve, trabaja incesantemente mientras hay vida. La acción, el movimiento y el trabajo difieren de los de un corazón o de una célula epitelial en que estos últimos tienen funciones, y en cualquier circunstancia realizan sus funciones. En vez de una función, la mente tiene un deber, el de convertir a un mono desnudo en un ser humano... Sin embargo, como para demostrar cuán trivial es la diferencia que existe entre la mente y el músculo, la mente

ha de moverse hasta cierto punto, cambiar siempre hasta cierto punto, mientras hay vida, como una apetosa glándula sudorípara...

Sosteniendo a la muchacha, Keogh pensó en Keogh.

La biografía de Keogh es algo más difícil de obtener que la de los Wyke, y no es a pesar de media vida transcurrida a la sombra del dinero, sino precisamente a causa de ello. Keogh era un Wyke en todo, menos en la sangre y en la casta. Los Wyke le poseían a él, y a todo lo que él poseía, que no era poco.

Sin duda fue niño alguna vez, y joven; podía recordarlo si se lo proponía, pero no se molestaba en hacerlo. La vida empezó para él cuando la *summa cum laude*, la graduación en negocios y en leyes y (tan joven) el año y medio con Hinnegan y Bache, y luego la increíble oportunidad en el Banco Internacional; cuando se le exigió lo imposible en el asunto Zurich-Plenum y su afortunada gestión, y la distancia que aumentó entre él y sus socios año tras año, mientras para él la luz crecía y crecía, lo mismo que las dimensiones de su trabajo, hasta que al fin fue admitido con los Wyke, y le fue permitido comprobar que los Wyke eran Zurich y Plenum, y el Banco Internacional, y Hinnegan y Bache; eran en realidad su Facultad de Derecho y su escuela y mucho, muchísimo más. Y por fin, hacía dieciséis años... no, dieciocho años, exactamente, llegó a ser el Director General, y las distancias se habían convertido en abismos entre él y el resto del mundo, mientras la luz, su propia y enorme iluminación personal, le revelaba casi a él solo un complejo financiero-industrial sin precedente en su país, y virtualmente único en el mundo.

El comienzo, el otro comienzo, fue cuando el viejo Sam Wyke le llamó de repente aquella mañana, cuando (aunque Director General, con muchos presidentes de consejos de administración), era todavía el hombre más joven de aquella inaccesible oficina.

—Keogh —le dijo el viejo Sam—, te presento a mi niña. Sácala a pasear, dale todo lo que quiera, y regresa a las seis.

Luego había besado a la niña en la coronilla de su sombrero de paja de color oscuro, se había dirigido a la puerta y se había vuelto antes de llegar a ella, para ladrar:

—Si ves que se pavonea o hace algún alarde de ostentación, Keogh, mano dura con ella, ¿entendido? No me importa lo que haga, pero no permitas que se enorgullezca de algo que ella posea frente a alguien que no lo tenga. Ése es mi Primer Mandamiento.

Y se había marchado, dejando que un silencioso y desconcertado movedor de montañas cruzase miradas con una tímida chiquilla de once años. Ella tenía la piel luminosa y pálida, los cabellos negro azabache, sedosos y brillantes, y las cejas pobladas y negras.

La *summa cum laude*, el ingreso en Hinnegan y Bache... todas aquellas cosas fueron comienzos y él sabía que lo eran. Durante algún tiempo no supo que lo de ahora lo había sido también, como asimismo ignoraba que había asistido a la versión contemporánea del «No serás... causa de codicia» del capitán Gamaliel. En aquel momento sólo pudo permanecer perplejo unos instantes; luego se excusó y se dirigió a la oficina del tesorero, donde firmó un recibo y alivió de su contenido a un modesto cofre de dinero que distaba mucho de ser modesto. Cogió su sombrero y su chaqueta y regresó a la oficina del Presidente. Sin pronunciar palabra, la niña se puso en pie y le acompañó hacia la puerta.

Almorzaron y pasaron la tarde juntos, y regresaron a las seis. Keogh le compró a la niña todo lo que ella quiso, en una de las tiendas más caras de Nueva York. La llevó únicamente a los lugares de diversión a donde ella le pidió que la llevara.

Cuando terminó todo, Keogh devolvió el fajo de billetes al modesto cofre, menos el dólar y veinte centavos que ha-